

“TOMAS POLANCO ALCANTARA O EL HOMBRE QUE VENCIO LOS TABUES IMPUESTOS AL BIOGRAFO CONTEMPORANEO”

Por HILDEGARD RONDÓN DE SANSÓ*

A raíz de la publicación de la Biografía de Caracciolo Parra León (Caracas 1989), glosando el título de la película de Buñuel, escribí un artículo sobre la obra y su autor, en el diario *El Nacional*, denominado: “Del Discreto Encanto de la Historia Reciente”, para aludir a la fascinación que domina al lector, cuando es llevado por la pluma de Tomás Polanco, en la búsqueda y encuentro de personajes que están cerca de nuestra propia experiencia histórica, es decir, de aquellos cuyas realizaciones están aún frescas en la crónica o en los comentarios orales de la diaria comunicación. Quizás esta fascinación deriva de que se nos abren las puertas de las vivencias de quienes han sido protagonistas de grandes sucesos y ellas se identifican con las nuestras, porque en forma directa o indirecta, nos han estado rodeando permanentemente.

Al mismo tiempo que elogiaba la facultad del biógrafo para traernos imágenes que están consustanciadas con nuestro propio acontecer, alababa aún más al hombre que superó en nuestro país la tácita prohibición de incursionar en la vida de quienes aún poseen vínculos estrechamente ligados a sujetos y a los acontecimiento resaltantes de la sociedad actual. No es lo mismo disertar sobre Andrés Bello o sobre José Antonio Páez, que hacerlo sobre Cipriano Castro o sobre Juan Vicente Gómez, porque en este último caso se está hablando de las páginas aún vivas de nuestra historia y de seres con estrechos lazos familiares e ideológicos con los integrantes de la Venezuela que se asoma al siglo XXI.

Tomás Polanco conocía los riesgos, porque allí están los sucesores, los seguidores, los antagonistas y los enemigos declarados e irreconciliables de sus biografiados dispuestos a refutar o indignarse ante cualquier afirmación que sobre ellos se haga por más banal que ella sea y que excedan del estereotipo de la imagen que sobre los mismos ha sido plasmada. La muerte no borra los rencores ni cancela las deudas morales, ni tampoco tiene la fuerza para limar los prejuicios. La perspectiva del plano circunstancial es demasiado cercana para permitir que se pueda analizar el panorama objetivo de la trayectoria del personaje, y si el biógrafo posee este poder de visualizarlo dentro del amplio contexto de su época,

* Secretaria de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

sus críticos, carentes de esa facultad, no podrán aceptar esta nueva proyección atados como lo están a una figura que debe permanecer inalterable en el tiempo. Por eso, la Historia Reciente, cuando se condensa en una biografía, por la profundidad de la misma requiere, exige un historiador completamente depurado de compromisos subjetivos y entregado totalmente a la reconstrucción minuciosa de las cosas grandes y pequeñas que le permitan ir descubriendo nuevos perfiles en el medio en el cual se desarrollara su acción.

Sólo Tomás Polanco podía escribir, con la objetividad con que lo hiciera, sobre la figura de Juan Vicente Gómez, sin odios, sin rencores y con eso que podríamos denominar afecto, que es el lazo que se crea entre el biógrafo y el biografiado, en cierto sentido análogo al nexo que surge entre el autor y el personaje de la fantasía, con la diferencia de que en este último el escritor posee un poder absoluto sobre el destino del héroe y, el don de retocar sus rasgos, disponer de los lugares, de los tiempos y de las circunstancias. Las limitaciones del biógrafo y su absoluto poder de objetividad no pueden, sin embargo, afectar el vínculo creado que estará presente en la abrumadora escogencia del material disponible y en el enfoque de las situaciones. Aun tratándose de una vida plenamente conocida, el escritor siempre tiene el poder de resaltar o atenuar los lineamientos decisivos, y por ello, en su obra es un poco el dueño del personaje.

Tomás Polanco siguió la norma que encabezaba su más reciente obra, la regla que Otelo le enseñara a Ludovico: "Hablad de mí tal como soy: no atenuéis nada, pero no añadéis nada por malicia". Esta conseja sólo podía cumplirla un espíritu honesto como lo es el Dr. Polanco. En efecto, tal labor es exclusiva de un hombre que, como él, tiene todos los títulos y ha disfrutado de todos los honores que el medio de su acción podían otorgarle: Doctor en Ciencias Políticas, Profesor Titular de nuestras más ilustres universidades, individuo de número de varias academias; correspondiente de la Real Academia de la Historia, miembro de la Sociedad Bolivariana de Venezuela; poseedor de las más valiosas condecoraciones en los grados máximos que se acuerdan, así como las de varios estados extranjeros galardonado con los premios más codiciados jurista de gran envergadura en el campo del Derecho Constitucional, del Derecho Administrativo, del Derecho Mercantil y del Derecho Bancario. Polanco llena por sí solo ficheros enteros en las bibliotecas jurídicas, pero también su nombre es de cita obligada en las investigaciones históricas y literarias.

Quizás él no lo sepa; pero su dominio del público que lee ávidamente sus biografías y se embriaga con el discreto encanto de la historia reciente que él mismo ha revitalizado está en el hecho de que en una u otra forma se consustancia con sus personajes, no para justificarlos ni para ensalzarlos, sino para vivir su realidad descarnada, que nos la entrega latente, aún tibia de sus propias emociones, para que no seamos sus jueces, sino para que la vivamos con la misma intensidad con que las proyectara.

Quien ha tenido el honor que me ha sido dispensado de decir unas cuantas palabras sobre la obra de Tomás Polanco Alcántara, y que no es otra cosa que su ex alumna y la admiradora de su trayectoria, se siente justificada para señalar

que, al conocerlo como me ha sido dado, no sólo en la cátedra y en las relaciones profesionales, sino también en los momentos en que se necesita de un amigo, puede afirmar que su personalidad es enriquecedora, porque ella nos renueva la fe en los principios éticos y nos fortalece para enfrentarnos, con el equipaje o coraza que nos ha transmitido, a las tremendas realidades del presente. Tomás Polanco, por encima de su condición de jurista, y de historiador, es fundamentalmente el humanista que nos reconcilia con la Venezuela del pasado a través de su ejemplo.

Caracas, 1º de agosto de 1991.